

*Javier Rupérez*¹

Embajador de España

Polonia y España, hace cincuenta años

Los pasaportes españoles en los tiempos de Franco contenían en su tercera página un visible anuncio en el que, tras afirmar que el documento era válido para viajar por todo el mundo, se excluía a países que un ciudadano español raramente habría visitado, como Mongolia Exterior o Corea del Norte, otros a los que le hubiera gustado viajar, como Méjico o Israel, y además aquellos que en Europa formaban parte del Pacto de Varsovia. Entre ellos naturalmente Polonia, además de la URSS, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumanía o la República Democrática Alemana. La enumeración constituía un pequeño e involuntario compendio de las limitaciones de la política exterior española en sus despliegues diplomáticos: los países «no visitables» eran aquellos, en sus consecuencias y extensiones, que traían a la memoria la contienda fratricida e ideológica de la Guerra Civil.

¹ Francisco Javier Rupérez Rubio (1941), diplomático y político español. Diputado en las Cortes Generales durante los años 1979-1982 y 1986-2000 y senador en el periodo 1983-1986. Presidente de la Asamblea Parlamentaria de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) (1996-1998) y de la OTAN (1998-2000). Como diplomático ha sido embajador ante la CSCE (1979-1982), ante la OTAN (1982-1983) y ante los Estados Unidos de América (2000-2004). Previamente había estado destinado en Addis Abeba, Etiopía; en Varsovia, Polonia; en Helsinki, Finlandia y en Ginebra, en la negociación del Acta Final de Helsinki (1973-1975). En Polonia, como secretario de embajada, estuvo destinado en la Representación Consular y Comercial de España entre 1969 y 1971. Secretario general adjunto de la ONU y director ejecutivo del Comité contra el Terrorismo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en Nueva York (2004-2007). Es profesor de Relaciones Internacionales en las universidades CEU San Pablo, Villanueva y Francisco de Vitoria en Madrid. Fue miembro del consejo de administración de Abengoa Bioenergía (2011-2015) y actualmente es presidente de la consultora Rupérez Internacional y de la Plataforma para la defensa del uso del efectivo Denaria. Ha publicado varios libros sobre política internacional, además de un libro de relatos y una novela. Ostenta varias condecoraciones nacionales e extranjeras y entre ellas la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Y no es que la historia de la diplomacia franquista estuviera caracterizada por la torpeza o la desgana. Ciertamente en Potsdam, en 1945, la España «nacional» paga el precio de su proximidad a las potencias del Eje durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial al ser expresamente excluida de la naciente Organización de las Naciones Unidas. Meses más tarde, en 1947, lo sería también de las ayudas y los beneficios que el Plan Marshall distribuyó entre los países europeos. Pero la persistencia del dictador dio sus limitados frutos en los comienzos de la años cincuenta, cuando por un lado normalizó las relaciones con el Vaticano tras la firma de un trabajoso y confesional Concordato —que equivalía tanto al reconocimiento del régimen por parte de la Santa Sede como la adquisición por parte de ésta de privilegios e inmunidades que garantizaban su primacía en el ámbito doméstico— y por otro estableció una nueva fase en las relaciones con los Estados Unidos de América con la firma de los primeros acuerdos bilaterales militares y defensivos. De forma que el excluido de Potsdam, al aire de los complicados vientos que soplaban durante la Guerra Fría, consigue ser reconocido en su importancia geoestratégica y, por la propaganda franquista, Franco transformado en «centinela de Occidente». En 1955 España, junto con las dos Alemanias y el Japón, entra a formar parte de las Naciones Unidas. En realidad, la España autoritaria no necesitaba mucho más, dada la escueta dimensión de su proyección internacional y la marcada falta de interés de sus regidores para integrarse en un mundo circundante en donde la democracia y la libertad se habían convertido en la regla del sistema.

El «ostracismo» que durante tanto tiempo caracterizó la realidad doméstica y la escasa proyección internacional española se vio sometido a una inevitable urgencia a finales de los años cincuenta, cuando la situación económica adquirió tintes dramáticos y resultó indispensable la aplicación de medidas correctoras que dieran racionalidad al funcionamiento interior y buscaran una cierta medida de apertura comercial hacia el exterior. Fue el llamado Plan de Estabilización de 1959 el que abordará la delicada tarea. Fueron sus autores y gestores profesionales cualificados procedentes de medios conservadores y religiosos, y fundamentalmente el Opus Dei, interesados en dotar de viabilidad económica y cierta racionalidad política a un sistema cuyas bases fundacionales no rechazaban. Se les conoció, en un término que acabó por describir la época, los «tecnócratas». Entre ellos ocupó un puesto destacado el que desde 1962 fuera ministro de Industria de los gobiernos de Franco hasta 1969, en que pasó a ocupar las responsabilidades del Ministerio de Asuntos Exteriores, Gregorio López-Bravo. En ellas estaría hasta 1973.

Fue López Bravo, hombre inteligente y realista, el que concibió la primera fórmula de un cierto «deshielo» en las relaciones exteriores españolas, al negociar con los países del Este europeo incluidos en el Pacto de Varsovia la fórmula de unas relaciones «consulares y comerciales» que, sin alcanzar el pleno nivel diplomático, permitiera la apertura de sendas oficinas bilaterales de representación. En el trasfondo se encontraba también la urgencia por encontrar nuevos

canales de comunicación comercial que ayudaran a la mejora de las condiciones económicas domésticas. Fue en el año 1969 cuando empezaron a tomar cuerpo y en donde comienza de nuevo la historia de nuestras relaciones con Polonia, interrumpidas veinticuatro años antes, al acabar la Segunda Guerra Mundial.

Yo había acabado en aquel momento mi periplo de dos años en Addis Abeba, la capital de Etiopía, el primero de mis puestos diplomáticos, y había ya sido destinado a Santiago de Chile, una capital habitualmente codiciada por los diplomáticos españoles, tanto más si, como yo en aquel momento, estaban solteros. Pero al saber de la apertura de las nuevas representaciones me apresuré a solicitar se me enviara a Varsovia, cosa que conseguí sin demasiado esfuerzo. Seguramente en ello me ayudó tanto la escasez de demanda entre mis compañeros como, y sobre todo, las buenas relaciones que me unían con el entonces director general del Servicio Exterior, José María Moro, que tanto me había ayudado en la preparación de mi tesis, y luego libro, ejercicio final de la Escuela Diplomática sobre la evolución de la libertad religiosa en España. En mi decisión pesaba sobre todo la atracción por lo desconocido, el reto de descubrir y en la medida de lo posible controlar nuevos e ignotos mundos, la incertidumbre profesional de desarrollar una función representativa en un ambiente que a los españoles del interior había estado completamente cerrado durante décadas. Y desde luego el interés político de acercarme a las formas del socialismo real a las que había tenido alguna aproximación oblicua desde mis tiempos universitarios, cuando la fundación y primeros tiempos de *Cuadernos para el Diálogo* nos permitieron convivir con el variopinto mundo de la oposición al franquismo gentes que como yo provenían de la democracia cristiana de Joaquín Ruiz Giménez y otros, que tenían puestas en Moscú sus mejores esperanzas.

De manera que el reducido grupo de cuatro personas que en los días previos al de Navidad de 1969 volaron desde Madrid a Varsovia en una aeronave de la polaca LOT –faltaría más, había que comenzar por un gesto de buena voluntad hacia los nuevos anfitriones– sabían, sabíamos, poco o nada de la realidad que nos aguardaba. Éramos Emilio Beladiez, el jefe de la nueva representación, veterano diplomático de la antigua escuela, hombre culto y leído, autor de varios textos históricos en los que transitaba sin dificultades entre las Españas y Alemanias imperiales; su mujer, Igone Echevarría, familiarmente relacionada con el mundo brillante de la pintura contemporánea vasca; nuestra secretaria, Tana de la Mora, bisnieta de Antonio Maura y sobrina, en la izquierda del espectro, de Constanca de la Mora, la mujer de Ignacio Hidalgo de Cisneros, el jefe de la Aviación republicana durante la Guerra Civil, y, en la derecha, de Maruchi de la Mora, una de las más próximas colaboradoras de Pilar Primo de Rivera y, como su hermana Constanca, inspirada escritora de título propio; y yo mismo, joven secretario de embajada procedente de una familia pequeñoburguesa madrileña con orígenes agrarios en Cuenca y en Soria, y con la fortuna de haber estudiado en el Colegio del Pilar y haber encontrado pronto en la Universidad Complutense de Madrid razones para la inquietud cultural, intelectual y política.

Nos esperaba en el aeropuerto el consejero comercial, Francisco Bozzano Prieto, llegado a Varsovia unos días antes, casado con Ángela Barnés, hija de uno de los ministros de Educación de la República, luego exiliado en Méjico. En conjunto, un buen retrato de la España múltiple y no necesariamente peleada que la historia reciente nos había legado. Y ya en el aeropuerto comenzamos a comprender los cambios que nos esperaban. Serían apenas las tres de la tarde y una noche oscura se cernía sobre una Varsovia nevada, barrida por un frío intenso contra el que poco podía hacer mi elegante abrigo de El Corte Inglés comprado unos días antes en Madrid. Definitivamente Polonia no estaba para desfiles de moda.

Los cuatro nos instalamos en el que entonces y ahora se conoce como el casi litúrgico Hotel Europejski, donde también tuvimos la oficina hasta que pocos meses después nos trasladamos a dos escuetos pisos modernos en la calle Marszałkowska. Los Beladiez moraron en el hotel hasta el final de su encargo varsoviano, en 1975, mientras que yo pude trasladarme al poco de llegar a una agradable casa situada en el barrio de Saska Kępa, en la calle Bajońska. Tana de la Mora volvió a Madrid pocos meses después de llegar y fue sustituida por María del Carmen Uriarte y por Teresa Zapiain. Fueron todas ellas excelentes colaboradoras y les guardo permanente afecto, consideración y respeto. Hicieron que aquellos nuestros primeros tiempos varsovianos tuvieran la facilidad del trabajo bien hecho y el infinito agrado de la relación amistosa hecha de intereses y gustos compartidos. Entre los que naturalmente se encontraba el disfrute de la soledad en compañía.

Pero aquello no era una embajada y Beladiez pronto lo llegó a comprobar en su propia carne. La lista diplomática varsoviana nos situó al final de su recorrido, fuera de las embajadas propiamente dichas y bajo el epígrafe que era el nuestro: «representaciones consulares y comerciales». En consecuencia, Beladiez no era un embajador y sus relaciones y contactos con la institucionalidad polaca quedaban reducida a los caracteres propios de la dimensión oficial que la oficina tenía. Bien es verdad que en el terreno protocolario pudiéramos hacer lo que el resto de las embajadas hacían al llegar a Varsovia, cual era la solemne ceremonia de colocar una corona de flores en la tumba del soldado desconocido. Momento este, por cierto, en que ante mi asombro, descubrí que Polonia inscribe entre las gestas bélicas de sus nacionales la batalla de Somosierra, cuando las tropas polacas al servicio de Napoleón ayudaron al corso, –a lo que parece animados por la ingestión de sustancias alcohólicas, según los propios mariscales franceses–, a vencer la resistencia que los españoles heroicamente opusieron a que los invasores llegaran a Madrid, y sabe mi gran amigo el profesor Jan Kieniewicz, que fuera un excelente primer embajador de la Polonia democrática en España, de mi reticencia a conmemorar el evento. Pero fue ese reducido status el que Beladiez nunca llegó a comprender ni menos a aceptar y en cuyos vericuetos se deben buscar las frustraciones y problemas ulteriores que acabaron por marcar su no corta gestión en Varsovia. La Representación

Consular y Comercial de España estaba para ocuparse de lo que la rúbrica indicaba, y poco más. Entre lo cual no se encontraban las relaciones políticas, más allá de la elemental observación de lo que en el entorno –y en el asfixiante régimen, era muy poco– ocurría.

Por mi parte, sin embargo, pronto descubrí el interés que la presencia española despertaba entre los medios culturales de la capital polaca. Eran pocas mis noticias sobre la literatura polaca y en gran parte habían sido inducidas por la proyección de la película *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, inspirado en la obra que con el mismo título escribiera en el siglo XIX uno de los innumerables condes Potocki, que yo había incluido en un ciclo sobre cine europeo del Este en el cineclub del colegio mayor femenino Landirás que yo codirigía con Josefina Molina en mis tiempos universitarios. Y había descubierto con fascinación *Cenizas y Diamantes* de Andrzej Wajda poco antes de ir a Varsovia. Tenía alguna vaga referencia a la figura poética y épica de Adam Mickiewicz, pero poco más. Y precisamente por mi ignorancia y la de mis compatriotas sobre la cultura polaca me resultó más sorprendente y abrumador el conocimiento que los medios literarios e intelectuales polacos tenían sobre nuestra historia, nuestra literatura antigua y moderna, nuestros músicos, nuestros poetas o nuestros cineastas. Abundaban las traducciones al polaco de las obras clásicas españolas y la muy activa industria editorial del país quería estar al día de lo que en España se producía. Todo ello me deparó un intenso trabajo, que desde un principio adopté como devoción, destinado a ofrecer en varios foros universitarios conferencias sobre la vida cultural española del momento, tarea en la que siempre recibí apoyo e información de mis amigos de *Cuadernos para el Dialogo*, de cuyas secciones cinematográficas y teatrales yo había sido responsable al comienzo de su publicación. Trabé buena amistad con la excelente traductora Kalina Wojciechowska, que estaba preparando una antología de relatos españoles y para la que me pidió le suministrara mis fotos de la España contemporánea. Lo hice aprovechando mis vacaciones estivales en la patria, procurando acomodar cada una de las instantáneas al motivo del relato y tratando de proyectar la imagen de lo que ya comenzaba a ser una sociedad moderna y activa. Para nuestra común desgracia, la de Kalina y la mía, el editor del volumen decidió situar en la portada una fotografía de un torero, alegando que eso era lo que atraía al lector cuando se hablaba de España. Pero retengo con orgullo el volumen de la publicación, allí donde se explica que las fotos, con excepción de la de la portada, son obra mía.

Y recuerdo con admiración y afecto las noticias que me transmitió Danuta Rycerz, por aquellos tiempos alta funcionaria del ministerio polaco de Cultura, sobre la figura de Stanisław Polonus, de cuyo origen no cabe mostrar duda alguna, impresor de la *Biblia Polígloa Complutense* que el cardenal Cisneros publicó en Alcalá de Henares a finales del siglo XV. Guardo como oro en paño el bello ejemplar facsímil dedicado al impresor venido de tan lejos, y que Danuta tuvo a bien regalarme. Como memoria guardo de Krystyna Niklewicz, nieta

de Sofía Casanova, la poetisa y periodista española cuyo matrimonio con el noble polaco Wincenty Lutosławski la llevó a las tierras del Este desde donde pudo observar de cerca, y escribir sobre, la revolución rusa de 1917 y publicar sus crónicas en *ABC*. Y como siempre tengo presente la impresión que me produjo la figura de Joachim Lelewel, historiador, geógrafo y político polaco, a caballo entre el XVIII y el XIX, empeñado en descubrir y demostrar los paralelismos existentes en las historias de España y Polonia. Soy consciente de las modernas tendencias revisionistas y no especialmente amables sobre la obra del polígrafo, pero ello no disminuye el interés y la sorpresa con que en mis tiempos polacos descubrí la existencia de gentes cualificadas que pensaban en términos de hermandad con la lejana España.

Las actividades consulares que por oficio me correspondían pronto requirieron mi atención cuando un hombre que se decía español, –y para ello mostraba un desgastado pasaporte expedido por la República Española en 1935–, me vino a ver para interesarse por las posibilidades que tuviera de regresar a su país de origen. Hablaba español con acento catalán y alguna que otra palabra en polaco, era afable en sus expresiones y educado en su comportamiento, llevaba unas gruesas gafas de miope y evidentemente se había puesto chaqueta y corbata para la ocasión. Se llamaba Juan Miguel Grant y aquella entrevista fue, al modo de los protagonistas que se despiden al final de *Casablanca*, el principio de una larga amistad. Me contó Juan Miguel su odisea, la de un miembro del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) que participa como soldado raso en la Guerra Civil y tras la derrota republicana se ve obligado a exiliarse a Francia y algún tiempo después, cuando de Gaulle llega al poder, debe continuar el camino del destierro hacia los países del Este, los que acogían a los españoles comunistas en el trance de la continua peregrinación, y a él le recibe Polonia, donde encuentra mujer y crea una familia en donde reinaba, como pude comprobar poco después, armonía y un razonable sorbo de felicidad. Hablaba bien polaco y se sentía razonablemente bien integrado en el entorno social varsoviano. Pero quería regresar a España no tanto para establecer allí su nueva residencia sino para conocer de cerca la nueva cara del país que le había expulsado hacia treinta años y sobre todo para contemplar el aspecto de la ciudad que le vio nacer, la para él inolvidable Barcelona.

Fue el propio Grant el que me informaría de la existencia en Varsovia de un ya reducido grupo de españoles que habían llegado a la capital polaca en las mismas condiciones y con los mismos orígenes ideológicos, integrados en su inmensa mayoría en una pequeña y mal avenida célula del Partido Comunista de España, donde las rencillas personales se cruzaban con las partidistas, y en donde predominaba además la incomodidad de la tierra extraña de la que, a diferencia de Grant, no habían llegado a dominar el idioma o las costumbres. Grant, entre tanto, según me confesó, tenía una visión propia de su fidelidad a Moscú. «Si llueve en la capital de la URSS», me decía, «yo no tengo por qué ponerme la gabardina en Barcelona».

Puse lo mejor de mis capacidades en gestionar del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid la concesión del pasaporte para Juan Miguel Grant, y mis dudas iniciales sobre el resultado de mi demanda –era aquel un terreno desconocido para mí y no sabía cuál era la sensibilidad del franquismo al respecto y en aquel momento– fueron pronto disipadas cuando, un mes sería, llegó la autorización para extenderle a él y a su familia el pasaporte español. Y les faltó tiempo para trasladarse a la Ciudad Condal, de la que volvieron contando maravillas y sobre todo asombrados de la facilidad con que se había producido su entrada en España, sin que los aduaneros dedicaran más de un segundo a mirar las correspondientes fotos.

Grant, como era de esperar, se convirtió inmediatamente en el mensajero de la buena nueva y con ella me fueron llegando un buen número de peticiones adicionales de pasaportes para viajar a España. Todos obtuvieron una respuesta positiva. Todos los que lo pidieron pudieron viajar a España sin trabas. Todos quedaron admirados de la rapidez con que los aduaneros españoles despacharon sus entradas. El breve tiempo de mi estancia en Varsovia me impidió seguir el detalle de las opciones de aquellos que habían querido y obtenido la posibilidad de volver a la patria perdida, si buscaron la vuelta definitiva o simplemente la posibilidad de viajar a ella sin impedimentos. Pero ese breve tiempo me permitió conocer la tragedia de aquellos a los que las circunstancias habían condenado a tal calvario, superando en la medida de lo posible la desconfianza con que al principio contemplaban mis aproximaciones, temiendo que fueran las de un joven cachorro del franquismo. Me permitió también asistir a sus celebraciones festivas en las fechas habituales y a las ocasiones dolorosas de los que, cargados de años y de sufrimientos nuevos y viejos, dejaban este mundo, unas y otras presididas por una bandera tricolor y rodeadas de unos cuantos puños en alto que coreaban una deslucida *Internacional*. No era la primera vez en mi vida que tenía la experiencia directa de los que habían militado durante la Guerra Civil en el lado republicano y siempre permanecía en mi memoria lo que de ello supe a través de mi fraternal amigo Gregorio Peces-Barba y su familia. La mía, por su lado, bien que situada en términos diferentes, me había inculcado desde que tuve uso de razón el respeto debido al «paz, piedad y perdón» de Manuel Azaña. Pero si alguna necesidad para ello tenía, la vivencia de los españoles exiliados en Polonia me confirmó en lo que ha constituido un inquebrantable motivo de mi conducta pública y privada: «Nunca más». La permanente urgencia de una España en donde todos quepan. Y en mis reflexiones del momento tuvo también importante cabida el reconocimiento que la Polonia socialista merecía al ofrecer asilo y abrigo a gentes que llegaban desprovistas de ropa y patria, cuando ni entonces ni en el tiempo de mi vida varsoviaña los polacos podían presumir de abundancia.

Y así como los de un lado recibieron su normalización viajera, otro, que fue sólo uno, nos llegó con la misma pretensión del contrario: alguien que había trabajado en las instalaciones industriales alemanas durante la Segunda Guerra

Mundial formando parte del contingente que el franquismo había enviado con tal propósito y que al acabar la contienda no encontró manera de regresar a España y buscó acomodo, nunca supe bien de qué manera, en Polonia. Su petición de pasaporte recibió una pronta y positiva respuesta. Como la recibió el periodista Mirosław Ikonowicz al solicitar visado para trasladarse a España como corresponsal de la agencia oficial de noticias PAP: fue el primero de los expedidos. Y en esta saga consular, que permitía practicar la virtud de la caridad, el deporte de la inteligencia y la extensión del conocimiento, recordaré siempre la cara de asombro con que uno de los empleados polacos de la oficina vino a verme un día con el ruego de que recibiera a una persona cuyo pasaporte español llevaba en sus manos. Le dije que inmediatamente la recibiría pero que me extrañaba su asombro. Se limitó a enseñarme la información que el pasaporte contenía, extendido a una señora que respondía a los muy polacos e ilustres apellidos Potocki Radziwiłł. Y es que también el tráfico había funcionado en dirección al Sur.

Naturalmente dediqué todo el tiempo que mis tareas profesionales me dejaban a observar de cerca el funcionamiento del socialismo real. Vivíamos inmersos en las incertidumbres de la Guerra Fría y en la España de mis años universitarios nos debatíamos entre las encontradas virtudes de unos, los occidentales dirigidos por los americanos, y los otros, bajo lo que en moneda corriente se denominaba la «bota» de Moscú. Había opiniones para todos los gustos, cargadas del desconocimiento sobre lo que realmente ocurría en el Este del continente. En la oportunidad que Varsovia me ofrecía en ese terreno pude pronto contemplar las características esenciales del sistema: deficiente funcionamiento económico y abrumadora presión política. Ni existía el mercado ni las posibilidades de opciones políticas ofrecían otras que no fueran las ofrecidas por el Partido Comunista polaco. En un contexto en el que era notoria la presencia y el seguimiento de los servicios de inteligencia y seguridad.

Bien es cierto que en el seno del Pacto de Varsovia, aun dentro de la inescapable obediencia que los soviéticos exigían, cada uno de los miembros había buscado caminos propios. Rumanía, por ejemplo, era una muestra brutal de dictadura sanguinaria en el interior mientras que en el exterior se permitía alardear de una cierta independencia con respecto a las directrices moscovitas. Bulgaria era pura y simplemente un apéndice soviético mientras que Checoslovaquia y Hungría, como ya se había visto en los años anteriores, no habían descartado opciones de un cierta pluralidad aun dentro del socialismo. Polonia, que evidentemente nunca había dejado de poseer una fuerte identidad nacional, había preferido sacrificar sus márgenes de acción exterior, en los que fielmente seguía las normas procedentes del Kremlin, a cambio de un cierto y limitado margen de libertad personal. Eran mis años en Polonia los del postestalinismo y de ello se beneficiaba con cautela los creadores culturales y artísticos –la escuela de cinematografía en Łódź era un buen ejemplo– y sobre todo los círculos católicos próximos a la jerarquía, que gozaban de algún margen de movimiento.

Fue en ese contexto donde con sorpresa constaté las variadas percepciones que los polacos tenían de la España franquista y los españoles de la Polonia socialista. Para los primeros, mis amigos del momento, con los que mantenía contactos frecuentes y fructíferos, yo provenía de un mundo cerrado y negro, marcado por una dictadura fascista y aniquiladora. Para los segundos, por el contrario, y en ellos incluyo fundamentalmente a los próximos del mundo universitario y a los relacionados con *Cuadernos para el Diálogo*, Polonia aparecía poco menos que como el paraíso terrenal del que debíamos obtener lecciones y experimentar alguna envidia. No sin trabajo, expliqué a los primeros que, con todas las gradaciones posibles, la España de Franco permitía a los españoles unos márgenes de libertad personal y de autonomía profesional imposibles de hallar en la Polonia de Władysław Gomułka y que de ello yo era el mejor ejemplo. El mismo para explicar a los segundos que alguien como yo en Polonia, un universitario activo en las filas de la oposición al régimen, estaría en la cárcel o en el exilio. Y desde luego nunca en la carrera diplomática de mi país. Tengo todavía la impresión que no acabé de convencer del todo ni a los unos ni a los otros.

Pero los límites del sistema comunista polaco se pusieron claramente de relieve en diciembre de 1970, cuando los trabajadores de los astilleros Lenin y Comuna de París en las ciudades bálticas de Gdańsk y Gdynia respectivamente decidieron ir masivamente a la huelga para protestar contra las condiciones económicas en las que el país sobrevivía. La gota que colmó el vaso de la paciencia obrera fue la subida drástica del precio de dos elementos básicos del consumo polaco cuales eran el vodka y una reseca salchicha local llamada «kabanos». El sarcasmo de la situación –obreros industriales trabajando bajo el nombre de Lenin alzándose contra el partido único de los obreros– alcanzó niveles trágicos con la represión que las fuerzas de seguridad y el Ejército llevaron a cabo contra los huelguistas, produciendo un número de bajas que nunca fueron suficientemente aclaradas pero que, según las fuentes más fiables, habrían alcanzado la cifra de cuarenta y un muertos. La crisis conmovió los cimientos del gobierno y del Partido Comunista, provocando el cese fulminante del hasta entonces y por mucho tiempo casi sagrado secretario general del partido Gomułka y generando un vacío de poder y la consiguiente incertidumbre en la que no era imposible contemplar la posibilidad de una intervención soviética similar a la que dos años antes había tenido lugar en Checoslovaquia.

Viví aquellas semanas con el alma doblemente en vilo, angustiado como estaba por el futuro del país en el que vivía y por el cual sentía ya profundo afecto, y además obligado en mi condición profesional a mantener informado al Ministerio de Asuntos Exteriores de España de lo que en Polonia estaba ocurriendo cuando, en ausencia del jefe de la representación que había tomado sus vacaciones en aquellas semanas, yo me encontraba radicalmente solo en el desempeño de mis funciones. Poco tardó el Comité Central del PC en encontrar en la persona sin aristas de Edward Gierek, un funcionario local de la organización,

una figura que pudiera sustituir al destronado Gomulka sin provocar las iras de los soviéticos, pero fueron aquellos días de inquietud y ausencia de referencias organizativas las que fueron sorprendente y eficazmente ocupadas por la Iglesia católica para reclamar a la ciudadanía calma y rogar por la evitación de males mayores. Lo hizo el cardenal Stefan Wyszyński, primado de la Iglesia polaca, aprovechando sus sermones semanales en la misa dominical de la catedral de San Juan, en la parte vieja de la ciudad, cuando envuelto en la espectacularidad de sus ropajes carmesíes y llevado por la conocida autoridad física de su figura, decía lentamente «polacos, la patria está en peligro». Era un estribillo que repetía varias veces en una alocución breve, en lo fundamental dirigida a favorecer el cuidado de la ciudadanía para vivir en paz y en concordia. Y sobre todo, para evitar los peligros que acechaban a la patria. Para sus oyentes, entre los cuales nunca dejé de encontrarme antes, durante y después de la crisis, no hacía falta traducción: los soviéticos estaban desplegando tropas en la frontera. Compartí aquellos y otros muchos significativos momentos de mi vida varsovia con dos colegas diplomáticos a los que debo permanente amistad y excelente información. Ambos de mi edad y rango, el británico Colin Budd y el americano Vernon Penner facilitaron mis tareas con el espíritu personal y político que pocos años más tarde encontraría en el mundo de las democracias occidentales a las que siempre pensé España debería pertenecer. Pero la constatación de una Iglesia católica nacional como la polaca convertida en baluarte de la estabilidad de un país dominado desde dentro y desde fuera por las consignas del marxismo leninista moscovita fue todo un curso sobre el manejo adecuado de la realidad, las diversas formas que puede adoptar el liderazgo en sus funciones y la trascendencia de las ideas en el manejo de los comportamientos humanos.

Dejé Varsovia a finales de 1971, dos años después de mi llegada, cumpliendo con ello los dos años habituales de estancia para puestos considerados de especial dureza. No me hubiera importado residir allí un año más, pero historias circunstanciales, protagonizadas esta vez por la temida Dirección General de Seguridad del Ministerio de la Gobernación franquista, forzaron mi salida: una denuncia anónima, seguramente procedente de mi entorno en la oficina varsovia y dictada por razones que en algún otro momento explicaré, me acusaba de «estar en contacto con los comunistas españoles residentes en Varsovia, a los que ayuda con la colaboración de sus amigos de *Cuadernos para el Diálogo*». Fue Gregorio López-Bravo, al que yo en aquellos momentos no conocía, el que decidió impedir que la disposición del Ministerio de Exteriores en aquel momento decidiera cumplir las amenazas de la denuncia y de su remitente, Gobernación, y me enviara al puesto de elección para los funcionarios díscolos, cual era Manila, en las Filipinas, y por el contrario diera con mis huesos en Helsinki, la capital de Finlandia. No era París, ni Londres, ni Washington, ni siquiera Lisboa, se encontraba cerca del Círculo Polar Ártico, pero siempre se podría mantener que estaba en Europa. Y el destino finlandés fue providencial.

Al año siguiente de mi llegada comenzó allí el ciclo de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, que cubrí en su integridad primero en Helsinki y luego en Ginebra y que ha sido en mi carrera profesional la fuente más importante de conocimiento e información. Y que entre otros muchos colegas y amigos, me permitió conocer a una distinguida figura de la vida política y diplomática polaca, al que fuera ministro de Exteriores mi amigo Adam Rotfeld. Ya en la democracia, cuando la entonces CSCE decidió celebrar una de sus reuniones en Madrid, fui yo el embajador jefe de la Delegación Española entre 1980 y 1982. Mi primera Embajada.

Pero guardo imborrables recuerdos de mi vida en Varsovia, acompañados de un profundo afecto y respeto por Polonia y por sus ciudadanos. He seguido con atención las vicisitudes de la evolución polaca, tan próxima a la nuestra en lo que tuvo de tránsito de la dictadura a la democracia, y me alegra saber que los dos países compartimos ahora la pertenencia a la Unión Europea y a la OTAN. Somos, en el mejor sentido de la palabra, socios y aliados. Y en su momento supe con satisfacción que, cuando Polonia gestionaba su adhesión a la UE, fue el gobierno de España, entonces presidido por José María Aznar, el que puso a disposición de las autoridades polacas nuestras capacidades humanas y técnicas para ayudar en el complicado proceso administrativo consiguiente.

Siento además que España y Polonia, situados respectivamente en los extremos Sur y Este de Europa, tienen variadas y fuertes razones para elaborar un código común de conducta y colaboración. Nuestra situación periférica nos sitúa como bastiones de la consistencia continental, aunque sean diferentes las realidades de nuestros entornos, y tenemos muchas similitudes en dimensión, población, historia y valores. Tenemos ambos un trasfondo de civilización cristiana que, como yo tuve ocasión de comprobar personalmente, favorece el entendimiento y el diálogo aun por encima de las diferencias lingüísticas y más allá de las fidelidades eclesiales. No es para mí el momento de entrar en las comparaciones críticas de nuestras respectivas situaciones políticas nacionales, pero siento que por encima de ellas puede y debe estar la búsqueda de una relación que, al estilo de la «especial» que mantienen británicos y norteamericanos, labore en la creación de un espacio de intereses conjuntos en beneficio de toda Europa y en definitiva de la estabilidad mundial. Y me alegra constatar que foros como éste, en el que tan eficazmente han colaborado la Embajada de España, el Instituto Cervantes y la Universidad de Varsovia, sirvan para dar cauce a estas preocupaciones y a estos fines. Porque, español como soy y orgullosamente me tengo, no me importa sumarme a los que desde hace siglos mantienen *Semper Polonia*.